

# INTRODUCCIÓN

## **Celebrar la Eucaristía**

Todos los domingos, desde los tiempos apostólicos, la Iglesia es convocada para celebrar la Eucaristía. Todos los domingos, los cristianos somos llamados a escuchar la palabra y compartir la mesa, recordando la Pascua del Señor.

No es cuestión de preceptos. No vamos a misa los domingos “porque está mandado”. Mal motivo sería este... Más bien se trata de lo contrario: el “precepto dominical” es la manera como se formuló jurídicamente (en una época en que todo se formulaba jurídicamente) algo mucho más profundo e importante. Y es que desde el inicio, aunque las formas de plegaria, las formas de organización eclesial, las formas de transmisión de la fe han ido cambiando y seguirán cambiando en el futuro, sin embargo ha habido algo que se ha mantenido constantemente: el reunirse cada domingo para la fracción del pan, para la Eucaristía. Cada domingo se da esta convocatoria. Es el signo distintivo de los cristianos.

Los cristianos, todos los días, en todos los pasos de nuestra vida, intentamos ser fieles al Evangelio. Queremos que el Reino de Dios se manifieste cada día entre los hombres, queremos ser solidarios y luchamos por una vida más digna para todos, queremos poner amor a nuestro alrededor, queremos hacer realidad la fe que tenemos. Y ahí en estos pasos de la vida de cada día, se comprueba y verifica si realmente nuestra fe es viva o solo una palabra bonita que no compromete a nada.

Si no actuamos así, no tiene sentido llamarse cristiano. Pero no basta con eso. No nos basta con lo que nosotros vamos construyendo cada día. Porque

---

la fe y la esperanza no las hemos inventado nosotros, sino que nos vienen de Jesucristo, de Dios. Por eso, todas las semanas, necesitamos reunirnos para escuchar unas palabras y compartir unos gestos que no los hemos hecho nosotros, sino que nos vienen de lejos, de muy lejos. Unas palabras y unos gestos que nos unen como comunidad que comparte y cree en la misma salvación, que comparte y cree en el mismo don de gracia que nos llega del misterio de muerte y resurrección de Jesucristo, que comparte y cree en el mismo impulso hacia la vida total que Jesucristo promete y da.

Todos los domingos se nos convoca a compartir este encuentro comunitario, esta presencia de Jesucristo, esta fuerza de Dios presente en la lucha de cada día. No es, pues, cuestión de preceptos. Pero tampoco es desde luego, algo de lo que haya que tener una necesidad sentimental. La convocatoria eucarística de todos los domingos no es solo para cuando “siento la necesidad”. No es un acto de devoción privada: es la convocatoria para todos los que compartimos la fe. Y la fe no es algo individual y privado: es algo colectivo, vivido en comunión con los demás.

Si un domingo uno no puede asistir a la convocatoria, ciertamente no pasa nada. Si según el ritmo espiritual de una persona llega un momento en que pasa una temporada sintiéndose muy poco inclinado a participar semanalmente de la Eucaristía (como les ocurre a veces, por ejemplo, a los adolescentes o jóvenes), probablemente tampoco es demasiado importante. Pero si un creyente quita todo el valor a esta convocatoria dominical, y se la toma solo como un acto privado que puede hacer o no, y no se da cuenta de que es el momento semanal en que la comunidad cristiana se encuentra reunida, porque actualiza aquello que más visiblemente la identifica, entonces este creyente debe reflexionar y preguntarse si su fe es tan solo un sentimiento individualista o si realmente comparte la fe de Jesucristo dentro de la comunidad de creyentes.

### **El “problema” de la celebración**

La celebración de la Eucaristía ha pasado por distintas etapas a lo largo de los siglos. Con el concilio Vaticano II y la reforma litúrgica se han realizado cambios muy notables y se han redescubierto valores que habían quedado muy olvidados en los siglos anteriores. La lengua inteligible, la

---

---

participación de los fieles, el sentimiento de comunidad, la mayor claridad de las partes de la celebración, la mayor captación de los signos y símbolos... Todo esto han sido cambios decisivos. Todo ello ha acercado la celebración eucarística a cada uno de los creyentes. Ya no es solo un acto que el celebrante realiza y en el cual hay que creer, sino que es un acto que nos entra por los sentidos y a través del cual creemos.

Pero al mismo tiempo, esta mayor proximidad de la celebración ha puesto de relieve sus carencias y fallos. Las oraciones, los textos y las mismas lecturas tienen a menudo un lenguaje difícil y poco actual; hay un exceso de palabra y poco espacio para el silencio, para el signo gratuito, para la creación de un clima de plegaria; los signos que se hacen resultan muchas veces difíciles de captar y por tanto resultan poco significativos... Y, en un nivel más profundo, el tono más comunitario de nuestras celebraciones nos hace sentir las muchas deficiencias de la comunidad cristiana y de cada uno de los que forman parte de ella: la débil fe, la vida cristiana poco comprometida, el escándalo de las diferencias económicas entre los que comparten la misma Eucaristía...

Esto es importante. Y sería necesario tener en cuenta, pues, lo siguiente:

– **Hay que dar más calidad a nuestras celebraciones.** No lo dudemos: pueden tener más de la que ahora tienen. Cada celebración y cada comunidad según su estilo y posibilidades, pero se puede y debe avanzar mucho. Este libro, precisamente, quiere ayudar a ello. Pero más importante que lo que este libro pueda decir, está la conciencia que cada celebrante y cada equipo de liturgia ha de tener que es posible avanzar para hacer unas celebraciones más significativas. A pesar de que (hay que decirlo) la reforma litúrgica aún tendría mucho camino que hacer, y no siempre parece que quienes deberían promoverlo de hecho lo hagan (lo cual es una lástima pero no una excusa para los demás).

– **Es necesario también dar más calidad a la vida cristiana:** la de cada cristiano, y la de toda la comunidad. Quizá a alguien le parezca que eso tiene poco que ver con la liturgia, pero no es así en absoluto. Porque la celebración de la Eucaristía es la fuente y la culminación de la vida cristiana. La Eucaristía es el momento en que la vida de fidelidad al Evangelio que cada cristiano intenta llevar a cabo cada día se pone en contacto con

---

la presencia sacramental de la plenitud de este Evangelio, Jesucristo. De manera que si la vida cristiana no funciona, tampoco puede funcionar la Eucaristía. Cuanto más seriamente se tome cada cristiano su compromiso en la vida y en el mundo al servicio del Evangelio, más intensa y valiosa podrá ser la celebración eucarística. Asimismo, cuanto más unida esté la comunidad cristiana respecto a este compromiso (atención: cuanto más unida esté respecto al compromiso, no cuanto más cómodos se encuentren todos dentro de la comunidad... porque lo de tener como objetivo hacer una comunidad donde sus miembros se encuentren muy cómodamente, puede convertirse en objetivo alienador).

Pero además de estas dos cosas, hay que tener en cuenta también otra muy importante.

Y es que la celebración de la fe, la celebración de la Eucaristía, nunca podrá ser algo claro y diáfano. **La celebración de la Eucaristía siempre nos obligará a un salto, al salto de la fe.** Por muchos textos significativos que pongamos, por muchos gestos nuevos que inventemos, por muy comunitario y bonito que resulte todo, en la Eucaristía siempre hay algo que no viene de nosotros sino que nos viene de fuera. Algo que es misterio, y que permanece como misterio. En la Eucaristía se nos invita a escuchar una palabra escrita por alguien que no somos nosotros ni son nuestros conocidos, sino escrita por unos hombres que vivieron los momentos centrales de la fe y nos dejaron su testimonio. Y en la Eucaristía se nos reparte un pan y un vino ante el cual se nos invita a creer que hacen presente entre nosotros la entrega de Jesucristo.

Por eso, pues, si alguien se fijara como objetivo lograr una celebración que sea totalmente clara y no exija el salto de la fe, chocaría, simplemente, con la imposibilidad de realizar esta pretensión. Por tanto, al mismo tiempo que uno se preocupa para que los gestos y las palabras sean cada vez más claros, actuales y significativos, y se preocupa para que la comunidad que celebra viva de verdad su fe, ha de tener presente siempre la distancia que hay entre el sacramento, el signo, y lo que el signo vehicula. El creyente ha de acercarse a la celebración (y los responsables de la celebración han de recordárselo y ayudarlo) dispuesto a sumergirse en el misterio.

---